



# Inmersión

J. M. Ledgard

DESTINO

# Inmersión

J. M.  
Ledgard

Traducción de  
Maia Figueroa Evans

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1405

Título original: *Submergence*

© J. M Ledgard, 2011

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Imagen del interior: © Khabarushka – Shutterstock

Primera edición: octubre de 2017

ISBN: 978-84-233-5254-8

Depósito legal: B. 16.270-2017

Composición: Víctor Igual, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Era el cuarto de baño de una casa inacabada, en Somalia. El año, 2012. En la pared había un agujero por donde se suponía que debía entrar la cañería, y el suelo se inclinaba hacia un sumidero adonde debía fluir el agua enjabonada de la ducha para verterse a la tierra del exterior a través de una zanja. En algún momento del futuro, tal vez instalasen la ducha. En algún momento del futuro, aquél quizá se convirtiese en un lugar trivial. Pero para él no lo era. Para él era un rincón muy oscuro y específico.

No se movía de los rincones adonde no solían llegar los olores nocivos ni las criaturas. El suelo estaba hecho de cemento arenoso; cuando lo rascaba, se desmenuzaba. Había un agujero tapado con un pedazo de cartón donde orinaba y cagaba líquido. Él intentaba hacerlo con cuidado, pero el cartón había acabado manchado y salpicado, cubierto de moscas y escarabajos.

La zanja dominaba la habitación. Intentaba no fijarse en ella, pero acababa controlándolo. Una pendiente baja, casi imperceptible que, aun así, escapaba hacia la luz...

Se imaginó con un disparo en la cabeza. Se veía caer; se veía dándole una patada al cartón, destapando el agujero sin querer; las piernas le colgaban sobre la inmundicia; el torso y la cabeza en la zanja; la sangre corría por ella y se coagulaba en toda su extensión.

Era el río Estigia, y el mundo exterior, fuego. Pensó que Kismayo se había acercado demasiado al sol. En su mente, el agujero de la cañería ardía. Metió un brazo por el desagüe, resistió hasta que le quemaba la piel y entonces hizo lo mismo con el otro. Todas las mañanas, sus secuestradores le llevaban comida a la habitación. A veces los alimentos tocaban las manchas del cartón. Abrió una pieza de fruta con el pulgar y en el centro había una pulpa gris de huevos. La llevó hasta el agujero del desagüe y vio que un gusano se abría paso y se le subía al dedo. Era blanco, con la boca negra. Le recordó a los pañuelos de cuadros blancos y negros de los soldados. Se lo metió en la boca y se lo comió.

Por las mañanas, la sensación de encarcelamiento era violenta. Oía la proximidad del océano Índico y su sonido le recordaba a las vacaciones y a los viajes de trabajo que había hecho por la costa keniana. Despertar en un hotel anticuado, de esos de lavamanos desportillados y aparatos de aire acondicionado con goteras. Hacer largos estilo mariposa en piscinas grandes de agua caliente, hasta que ya no era capaz de pasar los brazos por encima de los hombros; correr por la playa del hotel y cruzarse con jóvenes ha-

ciendo ejercicio, llegar hasta las rocas, flotar un rato en la zona más somera y después pasear sin prisa de regreso al hotel, deleitándose en el aire quedo de los trópicos al amanecer, cuando no hay ni un soplo de brisa que agite las hojas de palma y los charranes planean sin moverse. En el baño inacabado, se sentó en un rincón y rememoró la ducha helada de después, sacar la camisa de lino planchada del armario, pagarle al capitán de botones los ejemplares del *Daily Nation* y el *Standard* con chelines, y sentarse en la galería a tomar un desayuno de papaya y huevos revueltos, tostadas y té keniano.

Había empapado de sudor la camiseta que le habían dado. La publicidad decía: «Biggie Burgers», y se le había estirado de tanta humedad, grasa y suciedad. Él rascaba el suelo, dibujaba formas, narrativas, y después se hacía marcas en la piel.

Una noche, una rata subió corriendo desde el desagüe por la zanja. Lo oyó respirar en un rincón y se detuvo sobre el cartón. Reflejaba la luz. Tomó bocanadas de aire, más pequeñas que las de él, y se apresuró a salir al mundo exterior.

Otra noche, la luna entró por el agujero de la cañería —un rayo plateado—, y él recordó con claridad tumbarse a dormir en un bosque invernal, limpio, cristalino e inacabable. Estaba de maniobras en Finnmark con el ejército británico y, mirando entre las ramas de un abeto, había visto la luna. La nieve crujía debajo de su cuerpo. Se convenció de que de nuevo podía afilarse como los abetos hasta desapare-

cer y pensó que, si dentro de aquel baño soplaste el viento, uno de los árboles se doblaría y dejaría caer algo de nieve.

Cuando no había luna, se hundía en la negrura que Danny veía al explorar la profundidad abisal. Esas noches se alzaba contra la oscuridad con una mano apoyada en la pared y se masturbaba. Durante esos minutos no pensaba en ella. Trataba de hacerlo de forma mecánica, concentrándose sólo en el tacto, sin rostro ni cuerpo, en silencio, sin olores. Quería contaminar el cuarto.



El quid de la cuestión es que hay otro mundo dentro del nuestro, pero debemos vivir en éste hasta que las llamas del juicio final enciendan las profundidades.



De todas las estancias sin iluminar, la Kaaba de La Meca es la que te hace pensar con más detenimiento en el aire de su interior. La estructura mide trece metros de alto, y los lados, once y trece respectivamente. *Kaaba, caaba*, que significa «cubo». Es anterior al islam y, según la tradición, la construyó Abraham guiándose por los puntos cardinales de la brújula. Incrustada en una de las esquinas está la piedra negra al-Hayar-ul-Aswad, que todos los peregrinos anhelan besar en su circunvalación levógira del lugar sagrado. Las paredes del interior tienen versos coránicos grabados y se lavan con perfume.

Durante cientos —tal vez miles— de años, en la estancia descansaron ídolos paganos, uno por cada día de los doce meses; algunos con rostros gentiles y otros no, pero todos fueron destruidos en tiempos del profeta Mahoma.

El verdadero valor del oro es la densidad con la que ocupa el espacio. Es lo opuesto del vacío del interior de la Kaaba, hacia el que todos los musulmanes dirigen sus oraciones y que, casi con total seguridad, resuena más que cualquier otro punto del planeta.

La Piedra Negra no puede someterse a ese análisis. Hace mucho tiempo que está en pedazos, pulida por los besos y, ahora, engastada en un marco de plata que la mantiene unida con un alambre del mismo metal. Es por aclamación el objeto más valioso del mundo, pero no pesa nada. Las pruebas demuestran que se trata de arena del desierto que se derritió en la antigüedad por la acción de un meteorito que cayó en Rub al-Jali. Tiene incrustaciones de hierro y níquel y de materia estelar, y en su interior hay huecos de color amarillento y blanquecino que le impiden hundirse. Los musulmanes creen que, cuando Alá se la entregó a Adán y Eva, era blanca; que desde entonces la ha mancillado el pecado. También que se perdió durante el diluvio universal y que la encontraron flotando en las aguas.

El subsuelo de la Gran Mezquita de La Meca, donde descansa la Kaaba, es un panal de cuevas de lava.



Fue a esas cuevas adonde se retiraron los radicales religiosos que se hicieron con la mezquita en 1979. Esos hombres estaban convencidos de que el Mahdi había acudido a gobernar durante los últimos días del mundo. Y luchaban por él.

En algunos lugares, las cuevas son profundas, y en sus paredes hay una película formada por la vida microbiana de la que más tarde hablaremos. Los mahdi lucharon con determinación y no los derrotaron hasta que el gobierno saudí convirtió a los comandos franceses al islam. Estos hombres supervisaron la inyección de gases tóxicos y el lanzamiento de granadas, disparos y bengalas en el interior de las cuevas. Las mujeres mahdi, que se escondían justo debajo del suelo de la Kaaba, les cortaron la cara a sus hombres para dificultar la identificación. Muchos de ellos lucharon hasta la muerte. Aquellos que se rindieron fueron juzgados en secreto y decapitados en público en cuatro ciudades saudíes distintas.



Estar a oscuras con ese calor, vomitando tan a menudo y a merced de las picaduras de los mosquitos y de los mordiscos de los roedores, recibiendo apariciones de luz, le desestabilizaba la mente. Lo carcomía una incertidumbre según la cual las ejecuciones con hacha en la Inglaterra Tudor y las ejecuciones con espadas curvas en Arabia Saudí o con una daga en la cara en Somalia se asemejaban, y la sangre que cada una de ellas derramaba se unía.

Estaba en régimen de aislamiento. Hablaba ára-

be, pero no tenía intérprete de somalí. No le habían permitido hacer una llamada. No hablaban de pedir un rescate. Sus secuestradores no se parecían en nada a las bandas de piratas de Haradheere y de Hobyo, ni a las facciones talibanes con y contra las que había trabajado en Afganistán, que vendían a cualquier cautivo a cambio de dinero.

Corría sin moverse del sitio. Hacía el pino. Elaboró una lista de los libros que pensaba cargar en el lector electrónico cuando lo liberasen. Se llamaba James More y era descendiente de Tomás Moro, por eso supuso que releería *Utopía*. Recopiló todos los datos que había averiguado y todas sus conjeturas sobre el grupo que lo tenía retenido, con el fin de entregarlos en persona cuando lo llamasen a dar parte en el edificio del servicio secreto de inteligencia en Londres. Legoland. Mientras hacía ese trabajo, su mente no tenía ningún problema. Memorizó los rostros de los soldados que no eran somalíes, sus destrezas y lo que se decían en árabe al hablar entre ellos.

Algunos rehenes pierden los recuerdos de su vida anterior, o bien tienen una sensación de suspensión, como la que aparece durante una hospitalización por enfermedad grave. En su caso, era como si algunas caras fuesen más seguras que otras, y algunos recuerdos, más importantes. Había muchos detalles íntimos en los que no era capaz de entretenerse y, sin embargo, otros eran más insistentes. Su subconsciente trataba de encontrarle sentido a un todo que giraba, ardía con luz tenue y mudaba la piel como un

planeta infante. A veces pensaba sobre cosas a las que jamás había prestado atención, como empresas cuyos anuncios antes estaban por todas partes, pero ya habían desaparecido. ¿Qué había sido de Agfa, por ejemplo?

Se preguntaba por qué motivo los quioscos de África no habían creado su propia línea de productos. ¿Por qué no se le podía comprar un halago a un vendedor de los suburbios, igual que comprabas un chicle o un cigarrillo? Con la moneda de menor valor se podría conseguir un pedazo de papel doblado con una nota escrita a mano: «Eres amable», «Eres preciosa», o «Los logros que conseguirás en el futuro harán sombra a los del pasado».

En otros momentos, se aplicaba a la tarea de reproducir los sonidos e imágenes que había almacenado en la mente. Eso lo ayudaba a ser paciente. Se ubicó de nuevo en el bosque invernal, soltó aire y alzó la vista. Los copos de nieve caían con pausa. Al cabo de un rato empezó a oír música. Pop, punk, fragmentos de sinfonías y de sesiones de jazz. Al final, películas y programas de televisión, acontecimientos deportivos; un *match point*, un ensayo de rugby. Se había convertido en su propio reproductor multimedia, a pesar de que no tenía nada de automático. Era biológico, movimientos en la arcilla roja con estrofas de menos; las imágenes cinematográficas eran frágiles; parpadeaban y desaparecían.

Durante el día, el rayo de luz del agujero de la cañería se desplazaba por toda la pared. Él lo seguía, y

sólo lo veía tocar el tabique si se volvía hacia él. Pero así no lo veía entrar. Eso lo inquietaba. Todos los seres humanos miran al frente. Caminan hacia delante. Corren hacia delante. Miran con ojos hundidos en las cuencas. El tiempo corre hacia delante. Un día se suma al anterior. Suma y resta. Danny decía que la resta era la parte menos importante de las matemáticas, porque significa quitar lo que existe. Él se golpeó la parte trasera de la cabeza contra la pared. Pelo, nada más. Piel sobre hueso. Apartó la vista de los mosquitos que danzaban en el rayo de luz. Colocó bien el cartón. La caridad y el amor existían, se dijo, y por eso uno no debería permitir que la muerte dominase sus pensamientos.

Se agachó en un rincón y se reconcilió con el volumen del cuarto. Antes identificaba cada estancia con los muebles y la decoración que contenía, y con la luz que entraba por las ventanas o que emitían las bombillas eléctricas. Pero, allí, el vacío se abría a su alrededor. El aire era nauseabundo, aceitoso, perlado; se había hundido hasta el fondo, hasta un suelo cubierto de excrementos, y el techo era la parte inferior de la superficie de un mar extraño.



*La caída de los ángeles rebeldes*, del pintor Pieter Brueghel el Viejo, nos muestra que la resta tiene fuerza propia: coges un ángel y le vas sustrayendo cosas hasta que acaba siendo un demonio. Si descar-

gas una imagen del cuadro o, mejor aún, si lo ves en el Museo Real de Bellas Artes de Amberes, te percatarás de que los ángeles rebeldes caen desde el cielo, en la parte superior del lienzo, hacia el infierno, en la inferior. Lo primero que les restan son las alas, que les cambian por otras de menor valía, de dragones y murciélagos. Los que ya se acercan a la tierra se ven reducidos a polillas, ranas y otros seres blandos. Los ángeles dorados del cielo los arrean, armados con discos refulgentes, lanzas y espadas; su tarea es sanear nuestro mundo. Verás que los ángeles rebeldes siguen cambiando de forma mientras los conducen a un mar cuya abertura es un desagüe oscuro. Pierden las piernas, las alas, toda esperanza de salir a la superficie, y se convierten en peces, calamares, huevas y semillas de árboles que jamás serán plantados. Bajo el agua, siguen siendo sustraídos de sus antiguos seres, hasta que, al final, acaban siendo incorpóreos y transparentes, y descansan en el fondo.

Sería interesante compartir una lámina de esta pintura con un soldado yihadista —que tal vez nunca haya visto algo tan plástico e imaginativo— para ver si se horroriza o aplaude a los ángeles que arponean y pinchan a las criaturas hinchadas.



Danny tomó un tren de alta velocidad desde París y, en una pequeña ciudad del campo, cambió a otro de un único vagón que fue traqueteando por vías que parecían estrecharse, pero eso no le resultó del todo desagradable. Sin embargo, el traqueteo le impedía

continuar trabajando con el ordenador portátil, así que lo cerró y dio las vacaciones por comenzadas. Echó un vistazo a sus compañeros de viaje, las típicas esposas de pescador e hijos de granjero de tez rubicunda, y contempló el paisaje. Esa parte de Francia estaba paralizándose. Era la semana antes de Navidad, tiempo de fuertes heladas godas y de las primeras nieves que cuajaban. El viento había arrancado todas las hojas de los árboles, los riachuelos y los arroyos tenían una capa fina de hielo, y el agua de las roderas se había congelado con gruesas bolsas de aire, como batida por las zarpas y los mitones de animales despavoridos. Ella reconocía la belleza austera de todo aquello, pero también las matemáticas que encerraba. De pronto, el mar apareció entre dos colinas uniformes con forma de pechos. Sonrió: siempre estaba de regreso al mar.

Más que una estación, la suya era un apeadero. Ayudó a una jubilada a bajar y regresó a por su bolsa. El andén era de esos que tienen una pendiente a ambos extremos. En el centro había una marquesina de plástico, como de autobuses. Se refugió del viento en su interior. Había un horario pegado en la pared; también un cartel de la parroquia, otro del club de ciclismo, y un anuncio escrito a mano de hígado de oca. Alguien había pintado un *graffiti* en uno de los lados: cuatro firmas hechas con *spray* de un solo color. Todo era simple, pero se alegraba de estar en mitad de aquella calma y no sumida en el ruido de Londres.

Muchos de sus conocidos no tenían claro a qué país pertenecía la catedrática Danielle Flinders, ni si era la clase de mujer que en algún momento de su vida encontraría suficiente espacio para una relación a largo plazo. Danny tenía algo oscuro, decían, cierta dureza, cierta estriación. Esa opinión no faltaba a la verdad, sobre todo porque, siendo tan deslumbrante, disfrutaba del sexo a su manera y tendía a considerar a sus parejas sexuales como algo reemplazable, como las parejas de squash. No obstante, pensando en el asunto de la pertenencia desde un punto de vista más amplio, es justo decir que, como la titular más joven de una cátedra del Imperial College de Londres y como profesora visitante en la Escuela Politécnica Federal de Zúrich, Danny representaba a esos prodigios modernos que han vivido en tantos lugares que no pueden llamar *hogar* a ninguno de ellos. Puede decirse, además, que cualquier amigo a quien ella le resultase inconstante no era amigo en absoluto, pues una de las características que inspiraba era lealtad. Su movilidad no era en ningún caso cuestión de huir del pasado ni de abandonar una infancia inadecuada, no era cuestión de falta de estabilidad emocional ni nada por el estilo. Todo lo contrario. Fueron sus padres quienes la pusieron en movimiento. Su padre era australiano; su madre, martiniquesa. Tenía hermanos. Eran una familia feliz y bien avenida. Ella había crecido en Londres, en la Costa Azul de Francia y en Sídney, y todos esos lugares la habían moldeado. Su tez, su vestimenta, sus hábitos y sus modales tenían algo de los orígenes criollos de su madre. El idioma era importante para ella. Escoger el inglés antes que

el francés por cuestiones de conveniencia le habría parecido una traición. A grandes rasgos, su pensamiento era de carácter científico, en el mismo sentido en que la Ilustración requería un toque de las humanidades. Sus detractores no debían de haberla visto trabajar, pues su vocación compensaba con creces el arraigo del que carecía. Muchos individuos tienen problemas para saber cómo aplicar sus mentes a la existencia, pero Danny se dedicaba a una rama de las matemáticas llamada *biomatemáticas*. Que sirva a modo de resumen decir que intentaba comprender la ingente cantidad de vida que poblaba las partes oscuras del planeta en un momento en el que, en la superficie, la humanidad se volvía numerosa y empezaba a describir círculos de factura cada vez más ingeniosa, pero a la vez más pequeños y de manera más mecánica. Es posible que Danny admitiese que el panorama que pretendía revelar era demasiado complicado y amenazador para interesar a un público amplio, pero no allí, en un andén de trenes el primer día de sus vacaciones de Navidad.

Un carro tirado por un caballo entró en el aparcamiento que había detrás del andén. Un joven bajó del vehículo y la saludó. Ella se acercó. Él le cogió el equipaje, la ayudó a subir y le colocó una manta sobre el regazo. Tenía el aliento lechoso, las mejillas marcadas por la viruela. Danny no recordaba haberlo visto el año anterior.

—Viajaremos despacio —le dijo el muchacho—. Venga, vamos.



Ella tomó una bocanada de aire. Era más suave, más terroso.

—Me alegro de estar aquí de nuevo.

—Si hubiese sido cualquier otro, el director habría enviado un taxi. Pero dijo que no, que «a madame Flinders le gustará ir en carro». Llevo la compra ahí atrás y todo.

Ella se volvió y echó un vistazo. Había faisanes, un jabalí, sacos de carbón y el correo. Salieron a la carretera principal. El joven sostenía las riendas sin tensarlas. Danny resolvió que sí lo conocía, sólo que no recordaba su nombre. Ella era huésped habitual del hotel Atlantic: llegaba después de la fiesta navideña del departamento y el día de Nochebuena regresaba a Londres en el Eurostar. Apenas había pasado la hora de comer, pero el cielo ya estaba oscuro. Empezó a caer aguanieve. Un Renault con faros amarillos se acercó a ellos y, al pasar de largo, dejó surcos en la nieve medio derretida. Pensó que los limpiaparabrisas iban a demasiada velocidad.

Giraron hacia una carretera de tierra y roderas congeladas que discurría entre dos campos. Los surcos estaban llenos de nieve y, después de avanzar un buen rato en silencio, cruzaron una carretera de grava y dejaron atrás un cartel donde se leía el nombre del hotel. Entraron por un camino flanqueado por ovejas en grandes praderas valladas al estilo rural inglés, robles y un muro de piedra seca que penetraba el bosque como una daga. Se había asentado una niebla que ocultaba el mar. Danny soltó un «hurra» al llegar al establecimiento, bajó del carro y vaciló. La primera decisión de las vacaciones era importante.

En Londres todo se pagaba con tiempo, además de con dinero; en Londres se conformaba con ducharse, pero allí, con las manos y la cara entumecidas a causa del frío, decidió dar un paseo hasta la playa. Ya se registraría a la vuelta, antes de subir a la habitación y darse un baño caliente. Nada de trabajo. «No», se dijo. Después de bañarse, vería una película y cenaría pronto en el comedor.

—¿Te importaría entrar mi equipaje, Phillippe?  
—le pidió al recordar su nombre—. Voy a caminar un rato.

—¿Encendemos la chimenea de su dormitorio?

—Sí, por favor. Y me gustaría tomar un té...  
—miró el reloj—, ¿dentro de una hora?

—Por supuesto, madame. Estaremos atentos a su regreso.



Se ató la bufanda, se subió la cremallera del abrigo impermeable hasta el cuello y bajó por la pradera hasta el pinar. Los pinos formaban una arboleda poco densa, más hermosa y vulnerable que el año anterior, por el cambio climático, las tormentas, la sal en la resina. Le gustaba la sensación de notar cómo cedía la nieve bajo sus botas al caminar entre las sombras. Al otro extremo había dunas altas de tonos amarillos. Trepó por una de ellas y vio la curva de la playa, que desaparecía hacia un lado. Un sable de color ocre. En el centro había una losa de roca oscura que Danny adoraba. Corrió cuesta abajo y la recorrió entera; para ella era un altar, o los labios de la

playa. Se hizo un tajo en la goma de las botas de agua con el borde de la roca. «Lo había olvidado», se dijo. Recordaba los remolinos de alrededor, pero no lo afilada que estaba, la forma en que cortaba y definía. Dio medio paso hacia su infancia e intentó ver las pozas con ojos de niña. Vio estrellas de mar y cangrejos, y se negó a nombrarlos. Sus conocimientos de biología marina eran tan grandes que debía procurar no pensar en los detalles: la forma en que las sanguijuelas de mar articulaban la cabeza sobre la cola, o los colores que indicaban la innumerable vida microbiana que albergaba cada pliegue de las rocas.

La arena que la rodeaba era azúcar sin refinar, y las huellas que dejó en la orilla, azúcar moreno. El agua estaba turbia, con remolinos de gravilla, conchas y algas. Supuso que había habido tormenta. Sintió la necesidad de tocar el Atlántico una vez más. Se quitó los guantes, se agachó y metió las manos dentro hasta que perdió la sensibilidad. Cuando trabajaba, la profundidad de los océanos ocupaba su mente; en cambio, en ese instante estaba decidida a fijarse tan sólo en el juego del viento en la superficie y en el vuelo de las gaviotas. Había ido a ver el mar, no el océano.

En la chimenea de la recepción ardía un fuego vivo. Detrás del mostrador había un ordenador muy antiguo con el logo de un albaricoque; estaba sin usar, expuesto como un tesoro, un recordatorio de la época en que las computadoras eran de constitución robusta y mente torpe, y nadie las subestimaba. También

era una declaración: el establecimiento se había mantenido en pie a lo largo de las revoluciones tecnológicas. Más allá de la recepción, un árbol de Navidad decorado al estilo local con flores secas, ornamentos relucientes y velas doradas llenaba el vestíbulo. Mientras se ocupaban de las formalidades, ella bebía té caliente y claro. Firmó el libro de entradas con una pluma y le entregaron una llave de latón. Un mozo la guio por el pasillo y a través del salón de fumadores hasta un viejo ascensor con la palabra inglesa «UP» iluminada sobre la puerta del camarín. Prefirió subir por la escalera. Su suite de la segunda planta daba a la parte trasera, tal como ella había solicitado, y tenía un dormitorio y un salón con una alfombra de seda de Turkmenistán. Estaba en la parte del hotel que databa de los días en que era una casa solariega, el ala cuyas vigas habían remojado en leche durante todo un año para endurecerlas. Tenía vistas a la pradera, los pinos y la playa. Por la noche se veía el faro. En la cama había una nota escrita a mano que decía que era el tercer domingo de Adviento y, siguiendo la tradición del hotel, los huéspedes estaban invitados a servirse todo el *bisque* de bogavante y la comida que les apeteciese directamente de la cocina, sin cargo adicional. La sopa se ofrecía en una sopera de porcelana de Meissen de color azul y blanco, y la cubertería del comedor era de oro. Danny dejó la nota en la mesilla de noche y se desvistió.

La bañera era antigua y muy profunda. Los aceites de cortesía, caros y aromáticos. Medio sumergida en

agua calentísima, se adormeció varias veces. Tenía pensado llamar a su madre, pero de pronto le sobrevino un leve mareo. Se quedó dormida sobre la cama con el albornoz puesto y despertó en la oscuridad, iluminada sólo por el fuego vivo de la chimenea. Encendió la luz, se arregló el pelo y se puso un vestido. Antes de subirse la cremallera, cambió de opinión; se lo quitó y se enfundó el pantalón del pijama, una camiseta y un jersey de cachemira. Llamó al servicio de habitaciones y pidió la sopa de bogavante, ensalada de patata y una botella de vino blanco. Su amigo y ayudante de investigación Tom Maxwell, o *Thumbs*, le había grabado varias películas. Metió el cedé en el reproductor y se puso a ver *Cazafantasmas*. *Thumbs* le había dicho que le gustaría por la conexión sumeria. Cuando llegó la cena, se sirvió una copa de vino, apagó la película y salió a fumar un cigarrillo al balcón. Había empezado a nevar.



A lo largo de su vida de viajero se habían sucedido muchos lugares de espera. Pero su niñez había sido distinta. Asentada. Había crecido en el norte de Inglaterra, junto a la desembocadura de un río en el mar del Norte. Cuando la marea estaba en su punto más bajo, se podía vadear el río. Competían. Hacía falta aplomo: unos cuantos pasos y estabas del todo sumergido en el agua.

Su familia vivía en una casa de estilo Regencia en un extremo del parque. Desde su habitación, divisaba un molino negro cuyas aspas giraban tan sólo en

los días de más viento. Lo llamaban *el molino satánico*. Los cementerios que rodeaban las iglesias del pueblo estaban llenos de gaviotas, y cuando soplaba el viento de Dinamarca, el ambiente era salino. Si te encaramabas a la torre de la iglesia en invierno, alcanzabas a ver el hielo de las marismas y, más allá, la furia del mar del Norte.

Para él, los caballos eran auténticos. Salir a cabalgar significaba no sentir ningún tipo de confinamiento, salvo en la necesidad de mirar al frente. Durante las vacaciones escolares, atravesaba el parque del pueblo a lomos de un caballo, llegaba hasta el mar y recorría la costa. Se había alistado en el ejército por ellos, aunque había acabado en el regimiento de paracaidistas, en lugar de en el de los húsares. Y ahora, por mucho que se esforzase, el recuerdo del tacto y del olor de los caballos se le escapaba. La posibilidad de subirse a uno en la apesadumada oscuridad somalí y ocupar todo el cuarto se le antojaba más fabulosa que si uno de los ángeles dorados hubiera aparecido y le hubiese dejado tocar sus alas y su vestimenta.

No estaba hecho para lo doméstico, para la estrechez de un apartamento francés, un diván para aprovechar el sol de la tarde, ceniceros caros y mesas con pilas de revistas de papel satinado. Vivía en una buena casa del distrito de Muthaiga en Nairobi, pero se sentía más a gusto en el jardín. Unos escalones conducían a la piscina y a una terraza con una mesa larga donde los suimangas se posaban antes de elevarse

para alimentarse de las flores acampanadas que colgaban encima. El césped se inclinaba hacia un barranco donde había sembrado hierbas silvestres, así que por las noches el sonido de las cigarras era abrumador. En el fondo, las hierbas daban paso a euforbias, a grandes telas de araña y a tierra desnuda. Sombra. Apenas bajaba a esa parte. Había una valla electrificada que de vez en cuando soltaba alguna chispa; al otro lado, un riachuelo que los maleantes de Nairobi vadeaban de noche cargados con cizallas, barras de acero y pistolas. Durante el día, en el bosque del otro lado del arroyo se alzaban volutas de humo. Se oía el runrún del tráfico de la carretera de Thika. Por algún motivo, el humo de los innumerables minibuses que llevaban a los nairobiños a o desde el trabajo aclaraba las flores y les confería la fragancia de la vulnerabilidad: he aquí un jardín que podría destruirse en un día.

Durante la estación lluviosa, regresaba tarde a casa desde Upper Hill y en el coche se cruzaba con los últimos trabajadores que, de camino a sus hogares, atravesaban a pie los campos de basura que hay tras el distrito financiero central. En los controles policiales, rodeaba las cadenas de pinchos amarillos que colocaban en la carretera; los agentes llevaban linternas baratas y paraguas. La lluvia caía en cascada, los agentes le apuntaban a la cara con la luz, y se le hacía difícil concebir que fuesen a soltar el paraguas para levantar la ametralladora. Y la linterna ¿qué?

La lluvia era otra de las cortinas que separaba a

los ricos de los pobres. Durante esas noches de frío y de lluvia tan intensos, en las barriadas de Nairobi no se movía ni un alma. El lodo y los residuos entraban por debajo de las puertas de estaño. El caudal de los arroyos aumentaba. Los maleantes estaban hundidos hasta el cuello. Al llegar a casa descubría que el ama de llaves se había quedado hasta tarde. Cenaba siempre solo; tomaba algo delante de la chimenea encendida y trabajaba con el portátil junto a la ventana, o se tumbaba en el sofá a escuchar música.

Después de las tormentas, por la mañana le gustaba salir a correr por las largas avenidas flanqueadas por jacarandas. Pasaba por delante de la sede chilena, de la de los Países Bajos, de la Liga Árabe, y continuaba hasta rodear el club de golf de Muthaiga. Los *green* estaban inundados; se le empapaban las zapatillas y se salpicaba las piernas. Una carrera de *cross*, campo a traviesa, liebres y sabuesos, sólo que sin perros. Fue casualidad que al regresar de una de esas carreras se diese cuenta de que durante la noche unos delincuentes habían abierto un hueco entre los setos. En la valla electrificada había trapos donde habían sujetado el alambre con palos. Durante las noches siguientes cerró la puerta de la galería con llave. Los guardias cubrieron el agujero con ramas y lo enfocaron con las linternas. Daba la sensación de ser un portal.

Al salir otra mañana, encontró una hiena muerta en una zanja, junto a la verja de la entrada. No la había atropellado ningún coche. No tenía marcas. Sólo cuando estaba prisionero en Somalia comprendió que la máscara mortuoria de la bestia hablaba de



límites y de encontrar la manera de salir o de entrar. Nairobi se le había echado encima a la hiena, como las paredes móviles de las novelas de aventuras seriadas que aplastaban al personaje secundario.



El Atlántico es el océano que el hombre más ha cruzado y sopesado. Cubre una quinta parte del planeta. La tierra con la que limita es más extensa que la que rodea el Pacífico. A pesar de que el Amazonas y el Congo y numerosos ríos de menor tamaño vierten en él su agua dulce, el Atlántico es más salado que los demás océanos. Su profundidad media es de tres mil novecientos veintiséis metros, y a pesar de que su llanura abisal es bastante uniforme, en ella hay grietas. La más profunda es la fosa de Puerto Rico, de ocho mil seiscientos cinco metros. El accidente más llamativo es la dorsal Mesoatlántica, que se extiende desde el mar de Groenlandia hasta el océano Antártico. El cable de telégrafos que la Atlantic Telegraph Company de Cyrus Field instaló en 1858 no redujo la cantidad de agua contenida en el Atlántico, pero sí redujo el tiempo y el espacio mediante pulsaciones de sonido y, más tarde, de luz. El Atlántico pasó de tener una inmensidad vikinga a ser un mar que los barcos de vapor tardaban días en cruzar de forma rutinaria; más adelante, los aviones tardarían sólo horas.

El hotel Atlantic, en cambio, es una finca antigua en la costa atlántica de Francia cuya mansión César Ritz,

decimotercer hijo de un pastor suizo y hotelero de reyes, amplió y convirtió en un hotel. Tiene un hermano en los Alpes Marítimos, en las primeras montañas nevadas con que uno topa al conducir desde Niza, pero para Ritz el Atlantic era la joya de la corona. Que lo bautizaran en inglés, Atlantic en lugar de Atlantique, debía sugerir tanto pedigrí como modernidad. Se acercaba mucho a lo que Ritz consideraba el perfecto hotel rural, y contrastaba con el estilo *Belle époque* de sus hoteles de ciudad. Era todo un éxito: no hacía falta anunciarlo. Con sus tradiciones y su ubicación apartada, se recomienda reservar más de tres noches.

Hasta Nabokov predijo un futuro al estilo de «Los Supersónicos», con aviones silenciosos y elegantes aerociclos y un sistema universal de carreteras subterráneas acolchadas. No obstante, tratándose de Nabokov y siendo él lepidopterólogo, contaba con una perspectiva algo flotante. «En cuanto al pasado —escribió—, no me molestaría recobrar desde diversos rincones del tiempo-espacio algunas comodidades perdidas, como los pantalones holgados y las bañeras largas y hondas.»<sup>1</sup>



1. Entrevista a Nabokov de Herbert Gold aparecida en *The Paris Review*, 1967, número del verano/otoño. Obtenida de *Conversaciones con los escritores*, edición de George Plimpton. Barcelona: Editorial Kairós, 1980. Traducción de David Rosenbaum. (*N. de la t.*)